

## X. El protagonista como prototipo del modo de ser nicaragüense

Considerado por Palazio y Cuadra, sobre todo por éste, el protagonista representa al nicaragüense común e interpreta su particular modo de ser. La obra no sobrevivió por un apego irracional o supersticioso de la mentalidad popular a sus tradiciones, sino porque el protagonista —plantea Cuadra en su brillante trabajo, tantas veces citado— *es un personaje que el pueblo nicaragüense lleva en la sangre* <sup>82</sup>. Un personaje creado por el propio pueblo que se burla de sus desgracias, o más precisamente, de *su* desgracia.

Según Cuadra, *El güegüence* resume, en forma caricaturesca y satírica, todas las características que ha venido anotando en su conocido ensayo sobre *el nicaragüense* como específicas del mismo: la autoburla (*la primera de un pueblo burlesco, la primera mirada a su imagen en el espejo de la sátira*) <sup>83</sup>, el irrespeto a la autoridad y la malicia en los dobles sentidos de sus expresiones, el desprecio a la sofisticación y la mordacidad ante la injusticia, la denuncia del servilismo y el desentendimiento interesado, la vagabundía y la fanfarronada.

Gladis Miranda se ha detenido en esta representatividad prototípica del güegüence. Señalando que no por azar el autor escogió al personaje, sino por un profundo conocimiento de nuestra idiosincracia, añade: *Si su objetivo era decir verdades sin comprometerse, ¿quién mejor que un nicaragüense para hacerlo? Y surgió el güegüence, ese viejo nica corrompido, mentiroso, fachento, ladino que de broma en broma dice las verdades a cualquiera en sus propias narices* <sup>84</sup>; además —concluye— *ningún otro hombre del continente americano, que no fuese un nicaragüense, podía interpretar con tanta naturalidad el papel del güegüence, ya que éste —de pies a cabeza— es el prototipo del nica que tira la piedra y esconde la mano* <sup>85</sup>.

Por nuestro lado, deseamos remarcar el punto de que *El Güegüence* es la obra clave de la identidad nacional de nuestro pueblo <sup>86</sup>. ¿En qué sentido? En el que *El Güegüence* como personaje ejemplifica los rasgos esenciales del ser colectivo de nuestra tierra, condicionado por una herencia de frustración de origen colonial; herencia que marcó sus rasgos en el mestizo cuya población comenzaba a imponerse sobre los otros grupos raciales. Este nuevo ser, ante la difícil situación a que le obligaban enfrentarse, no tuvo más salida que desarrollar esos rasgos —enumerados en parte, por Cuadra— para escapar, superar, sublimar su situación social, económica, política, etcétera. Así, comenzó a existir el *tipo* nicaragüense actual que identifica a la mayoría de nuestros compatriotas.

Puntualicemos cuatro de esos rasgos o recursos que *El Güegüence* —es decir, el mestizo— utilizaba como «mecanismos de defensa» y que han quedado impresos, definitivamente, en la psicología popular; aludimos a la exageración y a la mentira, al insulto y a la ironía burlesca. A los cuatro elementos —repetimos—, acudían los güegüences coloniales para eludir su realidad, aminorar su desventura o defenderse de

---

<sup>82</sup> *Ibidem.*

<sup>83</sup> *Ibidem.*

<sup>84</sup> GLADIS MIRANDA: «Interpretación de *El Güegüence*», en *El Güegüence*, núm. Boletín Literario de Nicaragua, núm. 1, febrero, 1971, pág. 3.

<sup>85</sup> *Ibidem.*

<sup>86</sup> Anunciado en la nota 10 de esta introducción.

las condiciones de explotación que entrañaba. De los mismos dispone el nicaragüense de hoy, predispuesto aún más por las consecuencias de las guerras civiles del siglo XIX, ante cualquier hecho o circunstancia que lo afecta. Por ejemplo, veamos estas expresiones que oímos al llegar a la ciudad de Matagalpa en un saltarín e incómodo microbús:

1. Se me van a salir las tripas por la boca (*exageración*).
2. Idea y niño (*una mujer, dirigiéndose al conductor*) ¡vos vas picado! (*mentira*).
3. (Otra mujer dirigiéndose al conductor). ¡Qué indio más bruto! (*insulto*).
4. ¡Bien pavimentada tiene la calle el alcalde! (*ironía burlesca*).

Si en esta simple anécdota cotidiana los «nicas» reaccionan espontáneamente exagerando y mintiendo, insultando y burlándose irónicamente de los culpables de la situación que sufren, es porque su mentalidad responde a un sustrato que, históricamente, pertenece al ser mestizo —y que éste fue propagando a casi todos los niveles socioeconómicos— y literalmente se halla objetivado en *El Güegüence*. En efecto, la obra recoge las cuatro actitudes con igual espontaneidad; vivas y eficaces aún, se encuentran en los parlamentos:

36. «(Don Forcico): ...es corto el día y la noche para contar las riquezas de mi padre.»

155. «(Güegüence, aludiendo a su hijo don Forcico): ...este mi muchacho tiene tantos oficios que hasta en las uñas tiene encajados los oficios» (*exageraciones*).

77. «(Güegüence): Dios persigue a mi amigo Capitán Alguacil Mayor que ahora endenantes estuvimos tratando y contratando con él, y ya se lo llevó una bola de fuego...»

145. «(Don Ambrosio): ¡Válgame Dios Señor Gobernador Tastuanes! Vergüenza me da contar las cosas de ese Güegüence embustero, pues sólo está esperando que cierre la noche para salir de casa en casa a hurtar lo que hay en las cocinas para pasar él, y su hijo don Forsico. Dice que tiene cajonería de oro, y es una petaca vieja totolatera; que tiene catre de seda y es un petate viejo revolcado; dice que tiene medias de seda y son unas botas viejas sin forro; que tiene zapatos de oro y son unas chancletas viejas sin suelas; que tiene un fusil de oro y es sólo el palo, porque el cañón se lo quitaron» (mentiras, en el segundo ejemplo éstas se denuncian; por lo demás: afloran muchas veces; entre otras, en los parlamentos 123 —el de la famosa «niña» que le dio «licencia»—, 155 de los muchos «oficios» de don Forsico y 153, transcrito por Darío: el de las «bermosuras» como «guipil de pecho», «guipil de plumas», «sombbrero de castor», «estriberas de lazos de oro y plata» y «ese lucero de la mañana que relumbra del otro lado del mar»).

22, 58, 215 y 233: «(Güegüence, dirigiéndose a don Ambrosio): ... mala casta, saca fiestas sin vigiliás; ... ojos de sapo muerto...; ... jipato...; soplado... apupujado.»

92. «(Güegüence): Pues, ponga las manos: y las dos manos pone el hambriento; y qué buenas unas se tiene mi amigo Capitán Alguacil Mayor; parecen de perico ligero. ¡Ah, una bomba caliente (pedo) para estas unas!» (*insultos*).

42. «(Güegüence): ... ten cuenta con la bodega, que voi a ver si puedo volar.»

260. «(Güegüence): Soi hombre de bien. Traigo mis machos...» (*ironías burlescas*).

¿Qué nicaragüense no se identifica con estas astutas y sagaces expresiones? ¿Cuántos de nosotros no estamos retratados en esa viveza? Porque *El Güegüence* es un «vivo» y todo lo que comprende esta palabra, incluso sus variantes «vivían» y «vividor». Recordemos que uno de los adjetivos definatorios suministrados por Zepeda Henríquez, al interpretar semánticamente al protagonista, es precisamente «vividor».

En resumidas cuentas, el «nica» —como el personaje-espejo de su idiosincrasia— se las ingenia para «pasarla bien» y salir adelante a cómo sea; para «vivir» a cómo dé

lugar y aprovecharse, hasta donde pueda de los demás. Con ese objetivo hace lo que le da la gana en beneficio suyo, pasando por encima de todo y convirtiéndose en una plaga. Este problema ya ha sido enfocado por José Coronel Urtecho, quien lo analiza a partir de los vagos y pícaros de la colonia engendrados por el mestizaje y explicando su transformación política en la independencia y el siglo pasado <sup>87</sup>. Asimismo ha preocupado a gente con suma experiencia en el «país de los vivos» que, por lo menos hasta el 19 de julio de 1979, ha sido Nicaragua <sup>88</sup>.

<sup>87</sup> Ver nota 89.

<sup>88</sup> «El país de los vivos: así quieren llamarnos», se titula un editorial de la revista de la Asociación Nicaragüense de Ingenieros y Arquitectos (ANIA) que, para completar este capitulillo, reproducimos casi íntegramente:

«... la señora encopetada que sólo disparates hace, dice y manifiesta (torpe de remate) es viva porque tiene 10 piezas de cuartería y sabe sacar el máximo de renta de ellas, sin reinversión, y a costillas de la salud de las víctimas que caen en sus redes.

También es vivo aquel viejo compañero de barrio, el tonto aquel a quien compadecemos por tonto y por bruto, pero que es hoy adlátere clave de un poderoso clave de la política local, y por esas circunstancias, es muy vivo (ya no tonto) porque colecta hermosas y estupendas dádivas por hacer accesibles los favores del funcionario a aquellas personas que quieren acercarse, y por vivo, es objeto de palmoteos y festejos por parte de su propia corte de cohortes.

*Vivo* es el obrero que contratamos creyendo que es el albañil que él dice ser, y no es más que un bergante a quien interesan dos cosas: cobrar y hacer cualquier cosa. En otras palabras estafar al cliente, y a los verdaderos obreros cuyo prestigio usurpa y mancha.

Igualmente lo es el profesional médico, abogado, ingeniero, arquitecto, economista, contador público, administrador, y demás, a quien no le interesan más que *cobrar caro y hacer cualquier cosa*.

Pero suficiente con tres ejemplos de vivos a nivel popular, para hacer ver la tendencia vertiginosa de desafecto a la ley, al orden y a los principios mínimos humanitarios, por medio del cual más y más nos hundimos los nicaragüenses en un pantano pegajoso de situaciones inverosímiles y peligrosas.

Ahora la *viveza*, verdadera plaga, invade todas las ocupaciones nacionales y no da campo a ninguna otra actitud positiva, como esas que han impulsado el desarrollo psíquico y material de otras naciones, dentro de las cuales, por un lado, la investigación pura aumenta el panorama de alternativas de desarrollo, y por el otro, el trabajo y el esfuerzo práctico, abren los torrentes de producción material y los torrentes, también, de la producción espiritual. (Protegidos, eso sí, por la justicia, contra los desmanes de las huestes de vivos depredadores.)

Pero para que personas normales puedan dedicarse al simple trabajo de hacer algo positivo en las artes, ciencias y ocupaciones de transformación económica, se requiere, en primer lugar, que algunos se resignen a no participar en la carrera presente de ambiciones y codicias; y que, en segundo lugar, los que quedan en la carrera de «colmillos», permitan a los otros una vida decente, justa y libre de las *dentelladas* que puedan sufrir por boca de esas fieras sueltas.

En la historia milagrosa de las leyes, el ejemplo de cómo los poderosos que han tenido que rodearse de otros poderosos para defenderse de los demás, han tenido que conceder a estos ciertos derechos; y el que estos poderosos de segundo orden a su vez, a sus súbditos, que son muchos más que ellos, han dado otras concesiones que se convierten en acuerdos, en leyes, es precisamente lo que debemos de tener en mente para comprender la psicología de la ley y la justicia, y el papel que juega en el desarrollo de los países.

Pero aquí, en este medio nuestro en el cual el «vivo» (el destructor de derechos) es el ejemplo más admirado por las generaciones en función y por las que vienen pisándonos los talones ansiosas de probar que son más vivas aún que ésta; y en el cual nunca hemos tenido una historia en la que a conciencia se haya tratado de llegar a *acuerdos* en pro de la estabilidad social, aquí repito, la destrucción de la ley y la justicia es inminente. Por tanto, la posibilidad de que alguien se quiera apartar de la *carrera de colmillos*, es imposible (no tanto por no poder dejar de ser codicioso, como por mero instinto de supervivencia) y por tanto debemos olvidarnos, a este paso, de cualquier pretensión a ser jamás un simple país civilizado». (Artículo suministrado por el ingeniero Guillermo de la Rocha.)